Sobre la crítica de la literatura hispanoamericana: balance y perspectivas

El título de este balance y perspectiva ya anuncia ciertas restricciones. La revisión de materiales no ha incluido la vasta producción sobre la literatura brasileña ni sobre la literatura del Caribe no hispano. Las razones no pasan por los prejuicios ni son endémicas. Responden en parte a otras condiciones que sí son fundamentales en toda consideración de un panorama de esta índole. Existen divisiones en los marcos académicos estadounidenses —éstas y otras graves exclusiones se dan también en la mayoría de las universidades latinoamericanas centradas aún en la preocupación nacional(ista)— que canalizan el estudio de la literatura brasileña al margen de su integración latinoamericana y que mantienen a la producción antillana de habla inglesa y francesa, por ejemplo, casi totalmente ajena a este marco de referencias. Pauta adicional, entonces, de que la lectura que sigue incorpora un contexto específico y una práctica centrada en la «crítica académica» dejando de lado el sólido comentario periodístico y las glosas ocasionales de publicaciones no especializadas. Se incorporan, asimismo, las imágenes de la literatura hispanoamericana que emergen de las revistas de crítica literaria, de aquéllas que se manifiestan explícitamente por determinada filiación ideológica y de aquéllas otras que sin hacerlo anuncian indefectiblemente su pertenencia a algo que excede la generosidad de lo objetivo. Como toda libertad, también la de estas publicaciones está condicionada.

Varios balances y encuestas sobre el estado de la crítica han sido publicados durante los últimos años.[1] Consideramos que los mismos perfiles de publicación producen un

[1] *«La crítica literaria, hoy»* Texto crítico, *III, no. 6 (1977), pp. 6-36. Respondieron Enrique Anderson Imbert, Antonio Cornejo Polar, José Pedro Díaz, Roberto Fernández Retamar, Margo Glantz, Domingo Miliani, José Miguel Oviedo y Saúl Sosnowski.*

Hugo Achugar, «Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana», Casa de las Américas, *XIX, no. (1978), pp. 3-18.*

Jean Franco, «Trends and Priorities for Research on Latin America in the 1980s (Latin American Literature)», The Wilson Center Working Papers, *no. 111 (1981), pp. 25-35. Como «Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos», en* Escritura, *VI, no. 11 (1981), pp. 7-20. También en* Ideologies and Literature, *IV, no. 16 (1983), pp. 107-20, en un número especial dedicado a «Problemas para la crítica socio-histórica de la literatura: Un estado de las artes». Es útil observar allí los ajustes que se presentan en miradas alternativas en «Para una redefinición culturalista de la crítica literaria latinoamericana», de Hernán Vidal (pp. 121-32) y «Crítica de una crisis: los estudios literarios hispanoamericanos», de René Jara (pp. 330-52).*

Una revisión y puesta al día permanentes de la crítica son ofrecidas por las revistas literarias. Como lo demostrara Francine R. Masiello para el caso argentino, éstas sirven para registrar y medir los cambios en

balance constante de ciertos intereses. Reflejan, entre otras cosas, la creciente y polarizada ideologización puesta en escena recientemente y que ya había acentuado el inicio de una nueva etapa a partir del triunfo de la revolución cubana y los éxitos internacionales alcanzados por un núcleo selecto de narradores hispanoamericanos. Después de las abundantes páginas escritas en torno al impacto de la revolución cubana sobre las relaciones culturales de Latinoamérica —dejo de lado las directas y menos mediatizadas de la política— estaría de más reiterar los diversos planteos. Es fundamental recordar, sin embargo, que mientras algunos centros de estudios insistirán en la celebración de la palabra y en el maquillaje bruñido de las glosas críticas —proponiendo ante la producción de lenguajes auto-referenciales la oportunidad de sostener paráfrasis lúdicas con esos mismos andamios— otros centros abrirán la práctica literaria a una inserción de lo cultural en lo social. De este modo se dará una mayor tematización académica de las relaciones del intelectual y la sociedad y del papel que desarrolla la literatura en los procesos sociales.[2] Discusiones éstas que tenían su raíz en el orden del día impuesto por la dinámica de los lectores, por los propios escritores, y por su creciente función social pública.

Al adoptar el *boom* como categoría manejable en la ordenación de secuencias de estudio —para centrarnos en la narrativa—, comienzan a figurar en la evaluación de los textos las condiciones «extraliterarias». El reconocimiento de una nueva constelación literaria que exigía que el discurso literario formal se hiciera partícipe de discursos, pronunciamientos y reflexiones críticas, y que algunos autores ejercieran la crítica de sus propios textos transformándose en un doble marco de (auto) referencia, también contribuyó a plasmar un circuito condicionado. Todo ello significó, a su vez, una «transferencia» de énfasis —con sus consiguientes cargas ideológicas— de la inquisición de motivos que pudieron animar la redacción de una obra literaria, a los significados múltiples que se disputan los sentidos de un texto, el papel que éste juega (solo y con su autor) en el sistema. Es evidente que las transferencias son parciales y que todas estas modalidades siguen poblando las páginas críticas.

la concepción y función de la tarea crítica. «Argentine Literary Journalism: The Production of a Critical Discourse», Latin American Research Review, *XX, no. 1 (1985), pp. 27-60.*

Diana Sorensen Goodrich ha realizado una síntesis analítica de enfoques teóricos que han ocupado a la crítica estadounidense y europea. Forzosa, inevitable y, en el mejor de los casos afortunadamente, éstos están siendo asimilados por la reflexión latinoamericana. «La crítica de la lectura: Puesta al día», Escritura, *VI no. 11 (1981), pp. 21-74; «Rezéptionaesthetik: Teoría de la recepción alemana»,* Escritura, *VI, no. 12 (1981), 219-46. En este mismo número Terry Eagleton reseña y critica «El idealismo de la crítica norteamericana» (pp. 247-61).*

Existen, además, revisiones y anuarios bibliográficos que enumeran o dan cuenta del estado de la crítica literaria en sus respectivos países.

[2] *Sin ánimo de exclusividad ni subrayados dogmáticos, dentro de Estados Unidos, para los extremos de estas líneas —y mediante la colaboración de críticos mayoritariamente latinoamericanos— pueden servir como ejemplos las selecciones y los énfasis otorgados a la literatura latinoamericana por las revistas* Diacritics *(Ithaca, New York) e* Ideologies and Literatures *(Minneapolis, Minnesota). La transparencia de sus respectivas opciones hacia campos extraliterarios es evidente al privilegiar definiciones radicalmente diferentes del amplio abanico que cubre toda la práctica literaria. Algunos intereses de* Diacritics, *de mayor amplitud en el debate teórico, pueden ser vistos en los números dedicados íntegramente a literatura latinoamericana (Winter 1974 y Winter 1978) con textos de Rolena Adorno, Roberto González Echevarría, Alicia Borinsky, Lucille Kerr, Emir Rodríguez Monegal, Irlemar Chiampi Cortez, John Deredita, Enrico MarioSantí, Octavio Paz y entrevistas a Julio Cortázar y Roberto Fernández Retamar.*

Las intervenciones de Fuentes, Cortázar y Vargas Llosa, por ejemplo, sobre literatura y la función pública del escritor permitían la ampliación del canon literario más allá de sus novelas y cuentos. Uno de los resultados del *boom* literario/publicitario fue el paso del autor a «superestrella» marcado por cambios en la percepción real de sus obligaciones con el público.[3] Se trataba de un nuevo contrato social que se desplazaba de la intimidad de la lectura a las tarimas de las plazas y las conferencias. Dados los destinos que se debatían a diario y violentamente en el territorio latinoamericano, no puede ser casual que la discusión sobre el papel que debía jugar el intelectual consciente y responsable de su poder, pueda ser vista como una respuesta tajante a los embelesos parciales sustraídos de las preocupaciones post-estructuralistas sobre la supervivencia o muerte de la categoría de «autor». En pleno ejercicio de sus libertades otros también toleraban que lo ajeno al texto fuera descartado en aras de críticas ceñidas estrictamente al mundo ficticio. Se abrían «puertas para ir a jugar» pero ese juego hacía peligrar el falso aislamiento del claustro con las posibilidades de una calle; también estaban en juego las comodidades de la carrera académica y sus privilegios.[4]

Resulta inevitable considerar los dispositivos del mercado académico al constatar que cuantitativamente se sigue subrayando a los epígonos y a las figuras prestigiadas. Las bibliografías constatan, por ejemplo, el continuo culto a Borges cuyo nombre aparece en desmesuradas encuadernaciones triviales y en algunos estudios meritorios.[5] Fenómenos similares afectan a las obras de los identificados con el *boom* y a otros que se han beneficiado de la merecida atención dirigida a América Latina. En este sentido, se amplió el conocimiento de los contemporáneos y también se recuperó a figuras como Fe-

[3] *Carlos Fuentes,* La nueva novela hispanoamericana, *México, Joaquín Mortiz, 1969, y José Donoso,* Historia personal del «boom», *Barcelona, Anagrama, 1972, aportan dos niveles de los cambios ocurridos en los años sesenta. Emir Rodríguez Monegal contribuye a su mayor institucionalización a través de* Mundo Nuevo *y los textos recogidos en* El boom de la novela hispanoamericana, *Caracas, Tiempo Nuevo, 1972. Jean Franco marcó los cambios en «Narrador, autor, superestrella: La narrativa latinoamericana en la época de cultura de masas»,* Revista Iberoamericana, *nos. 114-115 (1981), pp. 129-148. Ver también: Angel Rama, «El* boom *en perspectiva»,* Escritura, *no. 7 (1979), pp. 3-45 y la amplia visión de Tulio Halperín Donghi, «Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta»,* Hispamérica, *IX, n.º 27 (1980), pp. 3-18.*

A propósito del ensayo de Fuentes conviene recordar el ejercicio de narradores y poetas hispanoamericanos que mediante su obra ensayística han acercado las distancias entre la reflexión teórica y la dimensión práctica. Borges, Paz y Lezama Lima son excelentes ejemplos del puente afianzado entre los múltiples estratos de la producción literaria.

[4] *Ver Pierre Bourdieu, «Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase», en* Campo de poder y campo intelectual, *Buenos Aires, Folios, 1983, pp. 9-35. La versión original fue publicada en* Scolies *en 1971. Bourdieu reformula algunas preguntas centrales a cierta línea crítica para analizar las relaciones del intelectual, su producción y relación social, y cómo el espacio predispuesto para él lo lleva a adoptar una determinada posición estética o ideológica ligadas a esa posición que ocupa. Aquello que está dirigido a la comprensión de las propiedades específicas de una clase de obras, por ejemplo, puede resultar muy útil para esbozar un bosquejo integral de las tareas críticas en los diferentes* habitus *(«sistema de disposiciones inconscientes producido por la interiorización de estructuras objetivas» (p. 35)) señalados en este trabajo.*

[5] *Entre estos últimos: Jaime Rest,* El laberinto del universo : Borges y el pensamiento nominalista, *Buenos Aires, Fausto, 1976; John Sturrock,* Paper Tigers. The Ideal Fictions of Jorge Luis Borges, *Oxford, Oxford University Press, 1977; Emir Rodríguez Monegal,* Jorge Luis Borges: A Literary Biography, *New York, Dutton, 1978; Silvia Molloy,* Las letras de Borges, *Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Arturo Echavarría,* Lengua y literatura de Borges, *Barcelona, Ariel, 1983; la edición aumentada de Ana María Barrenechea,* La expresión de la irrealidad en la obra de Borges, *Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984. Una útil revisión panorámica de la bibliografía en David William Foster,* Jorge Luis Borges. An Annotated Primary and Secondary Bibliography, *New York and London, Garland, 1984.*

lisberto Hernández, Macedonio Fernández y Roberto Arlt como precursores, pero no con las líneas que fundarían una tradición literaria y una continuidad histórica. Se trata nuevamente de crear autores prestigiados a partir de las lecturas actualizadas de los pilares (Cortázar sobre Felisberto y Lezama Lima, por ejemplo). Al mismo tiempo se nota cuán pocos son los críticos dispuestos a arriesgarse apostando a autores noveles con análisis de fondo; o a estudiar los complejos procesos de formación cultural más que a la formalidad del autor con obras completas selladas por su muerte o por un demorado silencio de otro signo. Muchas fuentes de trabajo continúan perpetuándose por la reiteración, por un «nuevo enfoque» (¡otro más!) que a la larga será una apostilla al margen de una nota; también por el artículo atento a la última publicación del consagrado —merezca ésta o no la siempre alerta mirada del seguidor—.[6] Antes que abrir el enfoque de lo ya visto y conocido y de trascender el ahinco por la concentración en las figuras estudiadas aisladamente, se agudiza más la búsqueda hasta encontrar la partícula recóndita que justifica otras páginas impresas. Pero lo justifica sólo ante la institución que ha montado las reglas del juego, que anima la proliferación de revistas cuya única razón de ser es dar cabida a tales hallazgos más que a irradiar el conocimiento que a su vez impulse investigaciones mayores y de importancia raigal.

La política de «publicar o perecer», quizá destinada inicialmente a promover el estudio y su diseminación, sirve frecuentemente como sentencioso fin del silencio impreso y cuantificado en los balances de fin de año. Balance que podría ser más positivo al pluralizar lo leído, al considerar la heterogeneidad como alternativa a la reincidencia y, ya en otro terreno, como acto de voluntad independiente ante el caciquismo académico que teje sus telarañas con las tristes recompensas del reconocimiento provisorio dentro de los clanes respectivos. Respeto, admiración, emulación, identificación, pueden ser procesos iniciáticos saludables pero no aportan nuevas interpretaciones y conocimientos si se ciñen estrictamente a lo legado. No es necesario llegar al parricidio, al golpe instantáneo que inaugura otra serie de opciones. Al reiterar enfoques e intereses en los mismos textos, figuras, tropos y mecanismos heredados, se va pasando por el tamiz más lento que, recubriendo, alcanza a vaciar los intersticios de cada página de cada epígono: muerte lenta que agota a la literatura (y a su desafortunado lector profesional) y la hace sucumbir bajo el peso de voluminosas y concentradas dosis de tedio.

Esta no es la tónica *general* que emerge de la revisión del estado de la crítica reciente a la literatura hispanoamericana, sino un peligroso y probado síntoma del desperdicio en que pueden caer las prácticas que no se centran esencialmente en la producción de conocimientos desde ópticas renovadas por la confluencia de avances teóricos y de lecturas no oficializadas por olimpos académicos. Es decir, desde los aportes sustanciales y positivos que se dan en los años sesenta y setenta como ruptura frente a los análisis estilísticos tradicionales que tienen a uno de sus máximos exponentes en la línea de Amado Alonso. Distanciados, no sin cierto (y justificado) temor del sociologismo, ha habido en amplios sectores una producción mayor sobre los textos y análisis parciales

[6] *Hay pruebas abundantes en las nóminas bibliográficas anuales de* Publications of the Modern Language Association of America (PMLA), *en* Hispanic American Periodicals Index (HAPI) *y en las selecciones bianuales comentadas en el* Handbook of Latin American Studies. *Estas fuentes cubren la necesidad de reiterar excesivos listados bibliográficos.*

o globales de determinadas obras, que sobre los mecanismos de esa misma producción; componente cuya pertinencia es cuestionada dentro de los marcos formales del estudio literario. El estudio de la literatura fantástica y el desmesurado énfasis en el «realismo mágico» y «lo real maravilloso» —con diversas nomenclaturas— como categoría genérica más que como descripción de un fenómeno esencialmente temático también ha pasado a una vertiente de balances necesarios.[7]

Como parte del contexto internacional, a partir de los años sesenta también se ha producido en la crítica latinoamericana una creciente, y muchas veces sana, reflexión teórica sobre los textos desde los fundamentos asentados por el psicoanálisis, el estructuralismo, la semiótica, el deconstruccionismo y sus proyecciones; componentes que aún otros han tomado con una perspectiva marxista para generar un análisis cultural más amplio de la producción intelectual. Pero, como en todos los casos, también aquí se han dado los fenómenos de la moda. Con rigurosa seriedad,[8] o con la no menos notoria inclinación por lo lúdico o lo superficial, se publicaron numerosos estudios en que abundaban, según los vertiginosos años, las notas a pie de página citando a Barthes o Genette o Greimas o Kristeva o Todorov o Lacan o, más recientemente, Bajtine o Jameson, sin que la referencia impactara centralmente el análisis del texto pero que sirviera, sin embargo, como llamado de atención sobre el saber de la actualidad. Pero esas son las páginas que importan menos y que ceden el espacio que les corresponde a las lecturas críticas que *sí* utilizan el acceso teórico como vía hacia la descripción, el desmantelamiento y posterior recomposición efectiva de los textos literarios hispanoamericanos. Y es en éstos donde se reconoce el ansia por adquirir validez científica en las apreciaciones, por estar central y estratégicamente ubicado en la vanguardia de *LA* literatura, abandonando el constreñimiento de la especificidad latinoamericana. Haciéndolo, además, mediante una máxima concentración en la narrativa —resultado parcial siquiera de las obras mayores del *boom* que ingresaron rápidamente al dominio de occidente— más que en la poesía —cuya época de vanguardia adelantó los lineamientos experimentales acusados décadas más tarde en la ficción— y que sostenía su residencia en la lengua castellana. Asimilando, además, en el discurso crítico los argumentos de los propios narradores sobre la renovación de las formas, en un aparente amago vanguardista (que con un acto de fe en su progreso se distancia de la vanguardia poética) que quiere homologar el progreso histórico con el literario. Al entrar al diálogo de las lenguas se pretendía pasar paulatinamente a la universalidad de los códigos en que la manifestación de lo literario va cediendo terreno a interrogantes genésicos previos a toda territorialidad. En el discurso ahistórico son evidentes las opciones ideológicas en la práctica de la crítica y la docencia literarias, como también lo son en la otra serie de opciones

[7] *Un aporte significativo al tema: Irlemar Chiampi,* O realismo maravilhoso. Forma e ideologia no romance hispano-americano, *São Paulo, Perspectiva, 1980. Es importante la lectura que propone Alexis Márquez Rogríguez en* Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier, *México, Siglo XXI, 1982.*

[8] *Tres singulares ejemplos que documentan las lecciones bien asimiladas e integradas de tres aproximaciones fundamentalmente diferentes: Germán Leopoldo García,* Macedonio Fernández: La escritura en objeto, *Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Josefina Ludmer,* Onetti: Los procesos de construcción del relato, *Buenos Aires, Sudamericana, 1977; George Yudice,* Vicente Huidobro y la motivación del lenguaje, *Buenos Aires, Galerna, 1978. Hay, por supuesto, excelentes artículos que desarrollan cada una de estas líneas; sólo cito tres libros parciales para no abundar.*

que se afinca en las ciencias sociales, al igual que en los ensayos que desde las referencias heterogéneas e híbridas intentan formular lecturas que den cuenta simultáneamente de la especificidad literaria y de su encuadre particular. En casos ideales, ese diálogo adoptaría la posibilidad de (re)integrarse a la tierra primaria, es decir, a la consideración de lo específicamente latinoamericano.

Las publicaciones periódicas dedicadas a la literatura hispanoamericana cubren una vasta gama de opciones teóricas y críticas que reflejan, tácita o explícitamente, sus propias preferencias e inserciones ideológicas. Estas se manifiestan tanto a través de sus declaraciones de principios como en la selección del material. Sin ánimo alguno de impugnación y sin pretender que la mención de *algunas* revistas agote el arco que compagina su lectura, cabe trazar algunas líneas. Desde *Dispositio* (Ann Arbor, Michigan) y *Lexis* (Lima), por ejemplo, con su clara preferencia por análisis semióticos y enfoques teóricos, hasta *Ideologies and Literature,* cuyo título también define un programa de acción, y las revistas en las que se privilegia el estudio de las relaciones literatura-sociedad, como *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima), *Hispamérica* (Gaithersburg, Maryland), *Escritura* (Caracas) y *Texto crítico* (Xalapa, Veracruz), sin que ello cancele aportes de otras modalidades del análisis literario, o la revista de política cultural *Punto de vista* (Buenos Aires). Resulta evidente que revistas oficiales como *Casa de las Américas, Conjunto* o *Unión* (La Habana) y *Nicaráuac* (Managua), responden a las líneas imperantes en sus marcos editoriales. Múltiples publicaciones académicas se definen como espacios abiertos, la *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh, Pennsylvania), entre ellas, si bien hay ciertos énfasis que le otorgan un acento especial dentro de esa apertura. Proyectos de amplia difusión cultural, como *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), sirven un amplio abanico informativo. De otro tenor es una publicación como *Review* (New York) que tiene como meta central la difusión de las traducciones de autores latinoamericanos al inglés y que se inscribe en los mecanismos de internacionalización de una determinada vertiente literaria que parte con los autores del *boom* y deriva mayoritariamente hacia aquellos herederos que pueden suscitar interés en el mercado local. Tendencias similares en la predilección por los reconocidos y por problemáticas que se quieren centralmente textuales, se registran también en las revistas que no están dedicadas exclusivamente a la literatura hispanoamericana, como *Books Abroad-World Literature Today* (Norman, Oklahoma), *Modern Language Notes* (Baltimore, Maryland), *Hispanic Review* (Philadelphia, Pennsylvania), o la escasa presencia en *PMLA* (New York). En la medida en que se hacen números monográficos dedicados a autores determinados, la selección suele recaer en Borges, Cortázar, Fuentes, Rulfo, Paz, entre otros pocos, o sea, en aquéllos que garantizan la ineludible y aparentemente inagotable atención del profesorado.[9] Afortunadamente, entre otras, las publicaciones de los Seminarios de Poitiers han abierto este registro al estudio meticuloso de las obras de Felisberto Hernández, Roberto Arlt, Carlos Droguett y Augusto Roa Bastos. Síntoma, de todos modos, de la labor pendiente para rescatar todo lo que precedió a estos nuevos énfasis y para adjudicarles el lugar que les corresponde en la incesante construcción de una tradición literaria.

[9] *La reciente publicación de Hugo Verani,* Octavio Paz: Bibliografía crítica, *México, UNAM, 1983, con más de dos mil asientos, es un claro indicio de esta tendencia.*

Tanto los que abogan por la contextualización de la literatura hecha premisa al considerarla como expresión de un estado social determinado, como los que exigen la ausencia de todo lo ajeno a la internalización del texto, tienen sus propios canales de difusión (revista, voceros privilegiados y suplentes, encuentros y simposios) a través de los cuales se dirimen las propiedades de los sentidos de la literatura y el papel que ésta ocupa (o no) en el sistema. Resulta particularmente interesante notar que los enfrentamientos se siguen dando a partir de interpretaciones de las figuras estelares, rotando en estos casos la focalización y el encuadre general de cada caso. En última instancia se debate la apropiación de los autores, la significación de la lectura de determinados textos y, a través de ellos y en algunos sectores, lo que esas mismas lecturas hacen a la comprensión más amplia del mundo al que remiten. Es decir que las reflexiones teórica y crítica presuponen una revisión del canon literario académico que ideologiza el mapa latinoamericano como actividad que se realiza de este lado de todo enunciado literario. Y es ahora, precisamente en estas instancias, que la práctica crítica abandona (¿debe abandonar?) todo dejo de divertimento casual para ubicar aún el encuentro estético y el regocijo de lo lúdico en el espacio del que emerge como tal. No se trata de desplazar ni mucho menos de cancelar el placer de la lectura, sino también de ver desde la profesionalización de la actividad crítica el sentido del juego, de la risa, de la caricia que se desborda por las páginas.

Hasta ahora se han señalado básicamente extremos de una actividad que centra su mirada en los textos literarios como mediatización, filtro o transparencia de lo referencial, y aquella otra que en la opacidad de esos textos descubre el sentido pleno de la producción literaria. [10] No resulta difícil detectar que entre ambos —y quizá no sean estos los polos absolutos— hay una gama de lecturas preferenciales a todo lo largo de este continuo, algunas de las cuales intentan la formulación de organizaciones heterogéneas capaces de dar cuenta de la complejidad de todo texto literario. Para ello resulta particularmente útil partir de formas literarias avanzadas, no tanto porque la mayor modernización teórica sea especialmente apta para la lectura de lo más moderno— sino porque permite plantear en un presente inmediato los múltiples sentidos de esas avanzadas y de su tecnificación [11]. Y es nuevamente la historia la que en este caso impone sus condiciones.

La correlación entre el auge de la literatura latinoamericana y su aceptación en EE.UU. y Europa en los circuitos más amplios de sus respectivas intelectualidades ya ha sido amplia y reiteradamente demostrada. Sin entrar a discutir nuevamente el sentido del

[10] *Altos grados de experimentación narrativa han suscitado la atención de numerosos estudiosos de la página literaria recortada a su propia medida. Véanse, por ejemplo, las nóminas de trabajos sobre José Lezama Lima para citar un altísimo logro literario. Tal línea de análisis no se cohibe por cierto, ante textos que sugieren lecturas adicionales como se comprueba, por ejemplo, con ocasionales reducciones de Roberto Arlt a sintéticas combinaciones formulaicas. Un ejemplo de sólida crítica que acera/aúna/sugiere/sintetiza diversas etapas de la producción literaria prescindiendo de obvios anaqueles, en Saúl Yurkievich,* A través de la trama, *Barcelona, 1984.*

[11] *Dos aproximaciones diferentes en Carlos Rincón,* El cambio en la noción de literatura, *Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978; Angel Rama, «La tecnificación narrativa»,* Hispamérica, *X, no. 30 (1981), pp. 29-82. El creciente interés por Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser y la teoría de la recepción es otro indicio de necesidades plurales.*

boom y sus posibles definiciones, sí se puede dar por cierto que las vicisitudes de los debates en torno a Cuba, desde los inicios primaverales a los cuestionamientos que surgieron en torno al «caso Padilla» y a la desvinculación de algunos escritores de primera línea del proceso revolucionario [12], han tenido un impacto notable en este proceso. El exilio de un alto porcentaje de cubanos de las capas medias y su incorporación al mundo académico estadounidense también ha tenido vastas repercusiones entre las cuales se halla la nómina misma de los autores estudiados, máxime en lo que se refiere a autores cubanos. En este sentido, el arribo de nuevos escritores exiliados amplía este radio a la vez que reduce a canales sumamente estrechos la información amplia sobre la producción cultural de la isla. El énfasis proporcionalmente desmesurado en los epígonos de los exiliados —notablemente en Cabrera Infante y Sarduy— refleja, al margen de sus indiscutibles méritos literarios, una opción política que reverbera aún en los análisis de Carpentier (en otro orden en los de Lezama Lima) y, por supuesto, en los que continúan participando en el proceso revolucionario.

Que en años recientes el fascismo desatado en el Cono Sur haya causado renovados estudios y debates sobre literatura y exilio, no autoriza la fácil y tendenciosa equiparación de los exilios ni los pronunciamientos de que el exilio se ha transformado en tropo literario o en condición reflexiva sobre la literatura misma. Si algún fenómeno reciente se presta directamente a un análisis del cual no se puede despojar la participación e intervención directa de los procesos históricos, es la producción que surge a partir de condiciones de exilio. Y en esos casos, con una atención pormenorizada a los signos de cada uno de esos exilios y de las condiciones específicas de las cuales deriva la página literaria. Que el exilio haya servido de tópico para corroborar las apariencias de amplitudes democráticas de algunas publicaciones no significa que éste pueda ser transformado en categoría literaria ni en etiqueta definitoria de una producción determinada, máxime cuando su pertenencia es y debe ser remitida a los marcos propios de una literatura nacional.

Subsiste la problemática que surge al ceñirse estrechamente a una definición de lo nacional. Esta se agudiza aún más al examinar las relaciones de algunas obras producidas fuera de las fronteras con el corpus interno. Esto incluye en condiciones muy especiales, la producción chicana en sus relaciones con la latinoamericana; [13] en otras, por ejemplo, la complejidad de la literatura puertorriqueña insular y continental ampliamente demostrada en ensayos sobre la nacionalidad y en sólidas muestras antológicas de poesía y narrativa. Y todo ello bajo las dimensiones de fuerzas hegemónicas que intentan limar (y minar) la diversidad de manifestaciones culturales particulares y propias de determinadas regiones. Que para la creciente oleada de escritores ambientados a los aeropuertos los traslados intercontinentales sólo representen saltos cosmopolitas, no cancela su coexistencia con otras realidades que siguen amarradas a resabios prehispánicos y a la defensa de las voces vencidas. Esta heterogeneidad plurivalente también

[12] *La discusión del «Caso Padilla» fue publicada en el primer número de la revista* Libre *(París) dirigido por Juan Goytisolo, (1971), p. 95-145.*

[13] *Un manual reciente establece un mapa de la literatura chicana remitiendo el uso del término a 1848 y fijando la renovación de su tradición literaria a mediados de los años sesenta. Julio A. Martínez and Francisco A. Lomelí, eds.* Chicano Literature: A Reference guide, *Westport, Conn., Greenwood Press, 1985.*

desafía a la crítica que, a la zaga de un instrumental neutro, se aproxima a cualquier manifestación cultural con igual desenfado descartando la especificidad del objeto estudiado para obtener resultados inevitablemente similares. Tal situación subraya la necesidad de adecuar con precisión aquellas propuestas teóricas a la especificidad de lo observado, aún corriendo el riesgo de caer bajo el régimen de la asimilación de propuestas internas al texto y de sucumbir a meras iteraciones simpáticas.

Al hacer una revisión panorámica de los autores y temas estudiados por la crítica —especialmente la que surge de EE.UU., menos preocupada desde su centralidad por las particularidades nacionales— salta a la vista por contraste una tendencia a la concentración desmesurada en autores que han contribuído a la internacionalización de la literatura hispanoamericana. Cuantitativamente hay oscilaciones, pero entre «los contemporáneos» las obras de Borges, Cortázar, Onetti, Donoso, Vargas Llosa, García Márquez, Rulfo, Fuentes, Paz, Carpentier, Cabrera Infante, recientemente Roa Bastos, siguen encabezando esas nóminas, si bien ya es abundante la bibliografía sobre otros autores como Puig, Arguedas, Sarduy que desde distintas ópticas también han aportado componentes centrales a una literatura global que resiste todo intento de definición por homogeneidades. La tendencia a las grandes figuras y a aquellas que están indiscutiblemente categorizadas en el canon académico —Martí y Darío, Vallejo, Huidobro y Neruda, para apelar a otra serie literaria— sigue constante, pero éstas no son vistas globalmente como generadoras de modalidades posteriores, a pesar, por ejemplo, de importantes balances críticos del modernismo. Ello responde en gran medida a un reconocimiento de su centralidad literaria, pero también, y ello es particularmente cierto en el estudio de autores recientes, a los aspectos de organización y politización académica ya nombrados al comienzo que derivan en la selección de las lecturas obligatorias, es decir, en la difusión del conocimiento particularizado y frecuentemente fragmentario o livianamente unitario. El mapa continental que surgiría de la cuantificación de estudios distorsionaría la geografía de las cordilleras y los ríos con países como Argentina, Chile, México y Cuba.

Lo anterior deviene en varios datos que conviene resumir: se sigue leyendo una literatura de epígonos; se plantean cortes temáticos transversales: se periodiza con la arbitrariedad de los números y las edades las generaciones literarias, y se fundan versiones parciales de la producción literaria que tienden a desconocer un factor central: que los relojes culturales de las diversas regiones y áreas latinoamericanas no están sincronizados, que éstos marchan con velocidades diferentes y que la producción literaria que se lee de esa marcha es la que corresponde a sus respectivos estadios de desarrollo. Al optar, por ejemplo, por la experimentación literaria como criterio de selección, quedan fuera vastas regiones cuya respuesta literaria está adecuadamente servida por las tendencias que fueron abandonadas en zonas cosmopolitas hace varias décadas. Al concentrar la lectura en la producción urbana (segmento por cierto válido) se presupone una serie de interrogantes sobre el sentido de esa producción desde su grado de diferencia con un balance de los textos que constituyen su base local. En la medida en que toda selección supone la capacidad de ese texto de representar un segmento que puede excederlo, concentrarse sistemáticamente en sólo algunas de las variantes de la literatura hispanoamericana —el embate experimental, por ejemplo— contribuye no sólo a

una distorsión del amplio texto literario sino también del mundo del cual surgen esas páginas.

En términos generales, una opción contraria incorpora a toda la literatura bajo el rigor ordenador, no del todo inflexible, de la periodización. Si bien ésta puede constituir un significativo aporte a una sistematización, igualmente corre el riesgo de esquematizar, una vez abordados los puntos de identificación, roce y coincidencia general de los múltiples estratos que organizan toda historia, al concentrarse en las heterogeneidades que configuran un continente que dista de ser unánime. Esquema que ya debe ser sometido a otros cuestionamientos al comparar, por ejemplo el estadio de la narrativa en los años 20 y 30 con los avances de la poesía de esos mismos años y, aún más, al alterarse esa relación en las décadas más recientes. Todo lo cual subraya la necesidad de dar cuenta de los desfasajes de las series literarias y de incorporar una literaria sólida y orgánica al predio de la crítica literaria.

Un afán ordenador de las letras americanas que diera cuenta de sus múltiples facetas produjo varios ensayos generacionales. El loable y valioso esfuerzo de Pedro Henríquez Ureña fue seguido con otros ajustes por, entre otros, José Juan Arrom y Cedomil Goic.[14] La necesidad de incorporar la lectura literaria a un análisis crítico de los procesos históricos de los cuales emergía esa producción, llevó a Alejandro Losada a plantear estrategias de investigación que posibilitaran un modelo general de periodización de los procesos literarios en América Latina.[15] Para hacerlo resulta necesaria una aproximación interdisciplinaria integral ajena a todo tipo de esquematismo que articule en niveles generales, y luego pormenorizados, la correlación de las formaciones sociales como condicionantes de toda manifestación literaria. Si bien tal aproximación quizá logre dar cuenta, por ejemplo, de lineamientos generales frente a la respuesta literaria a la transición que va del estado colonial al surgimiento de las repúblicas liberales, también deberá considerar las variantes en torno al sentido y logro de la modernidad en diferentes regiones y procesos políticos del continente.

El riesgo de la generalización siempre está presente en toda apertura y el equilibrio deberá ser establecido entre la globalización de los procesos y la precisa puntualización sobre las manifestaciones literarias que tienden a ser vistas como epifenómenos dentro

[14] *Pedro Henríquez Ureña.* Literary Currents in Hispanic America, *Cambridge, MA, Harvard University Press, 1945* (Las corrientes literarias en la América Hispánica, *México, FCE, 1949). En otro orden ya había expresado una definitoria coherencia intelectual en* Seis ensayos en busca de nuestra expresión, *Buenos Aires Babel, 1928. José Juan Arrom,* Esquema generacional de las letras hispanoamericanas, *2a ed. rev., Bogotá, Caro y Cuervo, 1977; Cedomil Goic,* Historia de la novela hispanoamericana, *Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972. En «Crítica hispanoamericana: La cuestión del método generacional», M.A. Giella, P. Roster y L. Urbina obtuvieron comentarios y críticas de Goic, Arrom, Enrique Anderson Imbert, Luis Leal, José Olivio Jiménez, Luis Mario Schneider y Jaime Concha.* Hispamérica, *IX, no. 27 (1980), pp. 47-67 (incluye bibliografías). Otro intento de apretada organización en John S. Brushwood,* The Spanish American novel. A Twentieth Century Survey, *Austin, University of Texas Press, 1975* (La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica, *México, FCE, 1984). Apuntes diferentes caracterizan a Carlos Monsiváis, «Proyecto de periodización de historia cultural de México»,* Texto crítico, *I, no. 2 (1975), pp. 91-102.*

[15] *Alejandro Losada, «Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina (1780-1970)».* Revista Iberoamericana, *nos. 114-115 (1980), pp. 167-88; «Articulación periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina»,* Revista de crítica literaria latinoamericana, *IX, no. 17 (1983), pp. 7-37 (incluye bibliografías. Número monográfico dirigido por Losada sobre «Sociedad y literatura en América Latina»).*

de los someros cuadros nacionales o regionales. Un ejemplo sería el estudio del carácter fundacional del modernismo, no ya en su fragmentación aislada sino como componente integral de la serie literaria y de la tradición literaria que inaugura.

Un equilibrio entre estas posibilidades de análisis es lo que caracterizó a muchas de las propuestas de Angel Rama en torno al sistema literario y a la ejemplificación de algunas propuestas concretas, como lo hiciera al analizar textos de Martí y a Darío dentro de las fuerzas que otorgaron un sentido singular al modernismo, o al perfilar el debate constante entre internacionalismo y regionalismo. El ejemplo no es único, pero sí significativo por la voluntad de integrar los avances de la teoría literaria con una reflexión a fondo sobre la historicidad del fenómeno literario; por la tendencia abarcadora y la puntualización en determinados textos sin escatimar juicios de valor; por la mayor flexibilidad que ofrecía ante posturas inmanentes, por un lado, y ante formulaciones rígidamente ortodoxas por otro.[16] Y que, también es forzoso decirlo en algún momento, por el generoso criterio desplegado en la formulación del proyecto de la Biblioteca Ayacucho.

La pormenorización de numerosos análisis, las condiciones sociales e históricas fluctuantes o dramáticamente transformadas, requieren planteos que enfrenten el estudio de la literatura con el instrumental crítico que la analiza. Se ha mencionado antes la apelación de un núcleo de críticos a las propuestas de las diversas variantes del estructuralismo y el postestructuralismo, particularmente mediante lecturas que prescinden de todo estructuralismo, particularmente mediante lecturas que prescinden de todo marco de referencia ajeno al lenguaje del texto. El discreto encanto de ciertos modelos de análisis también radica en su universalidad. Y es precisamente ésta la que motiva otro tipo de apuestas en los ensayos de Fernández Retamar, por ejemplo, cuando aboga por una crítica propia a la literatura latinoamericana, o en los estudios de François Pérus que proponen un modelo crítico, de valor demostrativo, desde la perspectiva materialista que sistematiza sus lecturas y que, paradójicamente, proponen otro modelo de abstracción al cual intentan responder algunas propuestas de Hernán Vidal.[17]

Las directrices que se pueden delinear entre núcleos o tendencias críticas que se pronuncian por un mayor ahinco teórico y otros cuya predilección es historizante siguen siendo provisorias. Sin embargo, como lo planteara anteriormente, y subrayando importantes diferencias en cada uno de estos campos, es factible plantear las diferentes

[16] *Angel Rama, «Indagación de la ideología en la poesía (Los dípticos seriados de* Versos sencillos *de José Martí)»*, Revista Iberoamericana, *nos. 112-113 (1980), pp. 353-400;* Ruben Darío y el modernismo (Circunstancia socio-económica de un arte americano), *Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970, y prólogo a* Poesías, *Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977; muy especialmente* Transculturación narrativa en América Latina, *México, Siglo XXI, 1982. En un diálogo lamentablemente trunco, Alejandro Losada sugirió áreas contestatarias en su «La contribución de Angel Rama a la historia social de la literatura latinoamericana»*, Casa de las Américas, *n.º 150 (1985), pp. 44-57.*

[17] *Roberto Fernández Retamar,* Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones, *La Habana, Cuadernos Casa, no. 16, 1975, especialmente, pp. 53-93; François Pérus,* Literatura y sociedad en América Latina: El modernismo, *La Habana, Casa de las Américas, 1976; Hernán Vidal,* Literatura hispanoamericana e ideología liberal: Surgimiento y crisis (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del boom), *Buenos Aires, Hispamérica, 1976, y* Sentido y práctica de la crítica literaria sociohistórica: Panfleto para la proposición de una arqueología acotada, *Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1984. En torno a estas líneas son útiles las consideraciones de Rafael Gutiérrez Girardot, «Literatura y sociedad»*, Texto crítico, *III, no. 8 (1977), pp. 3-26.*

versiones de una misma literatura que pueden surgir desde estas discrepancias. Las fragmentaciones responden, siquiera en una importante dimensión, a la parcialización de los estudios literarios y a una especialización excesiva en autores o literaturas nacionales que dificultan o impiden una visión de conjunto. Esto se agrava, además, al seleccionar temas aislados y marginales sin incorporarlos al corpus analítico general para otorgarles desde allí su verdadero sentido. (Dejamos de lado, evidentemente, las aún frecuentes páginas que ven a la literatura como estado de ánimo y a la crítica como representación argumental o mostración de fragmentaciones descriptivas.) En el mejor de los casos, los lectores podrán compaginar esas versiones en una lectura más integral ya que, como algunos lo han demostrado, en la medida en que determinadas ideologías no intercedan para bloquear cualquier acceso al texto, una primera apelación al instrumental semiótico, por ejemplo, no invalida una segunda etapa contextual e historicista que a su vez explique el funcionamiento de los mecanismos internos a todo texto. [18] Tarea ésta sumamente difícil para el practicante fiel a la ortodoxia, pero factible para los legatarios heterodoxos. [19]

Esta compaginación también se halla en análisis temáticos, como lo ha demostrado la renovada atención al dictador a partir de novelas de García Márquez, Carpentier y Roa Bastos, entre otros, junto a la proliferación de dictaduras reales en los últimos años. Y también en la revisión de problemas relacionados con el indigenismo en la zona andina [20] y el bilingüismo en regiones quechua hablantes y en el Paraguay. Este tema también se remonta a los problemas más recientes de la producción en exilios no hispanohablantes y aún en países latinoamericanos que reproducen otros ecos. Consideración que va más allá del enfrentamiento con una lengua para anclarse en las manifestaciones pluriculturales de productos no heredados en los países originarios. Esta percepción promueve, a su vez, nuevas miradas sobre los procesos inmigratorios del siglo XIX

[18] *Puntos de partida que se dan entre otros en: Walter Mignolo, «Semantización de la ficción literaria»,* Dispositio, *V-VI, nos. 15-16 (1980-1981), pp. 85-127; Enrique Ballón Aguirre, «La escritura poetológica: César Vallejo, cronista»,* Lexis, *VI, no. 1 (1982), pp. 57-98 (más que en su* Vallejo como paradigma: Un caso especial de escritura, *Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1974); en las variadas lecturas de Ana María Barrenechea,* Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy, *Caracas, Monte Avila, 1978; en el útil manual de Desiderio Blanco y Raúl Bueno,* Metodología de análisis semiótico, *Lima, Universidad de Lima, 1980. Una sólida mostración de la confluencia de aproximaciones artificialmente divergentes en Nelson Osorio T., «Lenguaje narrativo y estructura significativa de* El señor presidente *de Asturias»,* Escritura, *no. 5-6 (1978), pp. 99-156. Ver también Josefina Ludmer,* «Tres tristes tigres. *Ordenes literarios y jerarquías sociales»,* Revista Iberoamericana, *núms. 108-109 (1979), pp. 493-512.*

[19] *Quizá corresponda situar en esta misma línea, dados sus múltiples ensayos, a Noé Jitrik. Véanse, por ejemplo:* El fuego de la especie, *Buenos Aires, Siglo XXI, 1971;* El no existente caballero (la idea del personaje y su evolución en la narrativa latinoamericana), *Buenos Aires, Megápolis, 1975; «Entre el Dinero y el Ser. Lectura de* El juguete rabioso *de Roberto Arlt»,* Escritura, *I, no. 1 (1976), pp. 3-39, incorporada al valioso* La memoria compartida, *Xalapa, Universidad Veracruzana, 1982. Es otra la «heterodoxia» que caracteriza la tarea crítica de David Viñas; también la que muestran críticamente Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en* Literatura/Sociedad, *Buenos Aires, Hachette, 1983.*

[20] *Antonio Cornejo Polar ha publicado textos medulares sobre este tema. Ver, por ejemplo, «El indigenismo y las literaturas heterogéneas. Su doble estatuto socio-cultural», en su* Sobre literatura y crítica latinoamericanas, *Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982. La utilísima primera parte de esta colección intenta diseñar el* corpus *sobre el que debería dar razón la crítica literaria latinoamericana. Los otros trabajos sobre indigenismo aquí reunidos complementan* La novela peruana: Siete ensayos, *Lima, Horizonte, 1977. Otra revisión nacional en Agustín Cueva, «En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)»,* Revista de crítica literaria latinoamericana, *nos. 7-8 (1978), pp. 23-38.*

frente a los viajes del «gentleman» liberal decimonónico y al excluído en las décadas recientes por ser un lastre indeseable. Todo lo cual, y sin magia alguna, recoge nuevamente la necesidad de enfoques plurivalentes para dar cuenta de los complejos procesos que rechazan una sola interpretación y un solo canal de recepción.

Un proceso no del todo disímil se está dando con la creciente y merecida atención otorgada al análisis de algunas escritoras hispanoamericanas. De la primera etapa de identificación se ha pasado al canon de la crítica feminista en rápido decantamiento y eficaz formación en estos últimos años. [21] Cambios sociales y la implementación de teorías adecuadas comienzan a dar cuenta de la especificidad de la aún debatida identificación de una «escritura femenina». La discusión encuadrada en otras literaturas nacionales está siendo trasladada al contexto latinoamericano mediante congresos y revistas especializadas. El énfasis no es meramente coyuntural; responde a cambios de percepción y a la toma de conciencia del espacio que ocupa la mujer en sus múltiples funciones sociales.

Otra medida de las transformaciones literarias nada coyunturales destinadas a integrar una lectura específica a las exigencias de la historia y del público, se obtiene mediante la consideración de la «literatura testimonio» —vista antes en un continuo más específicamente político— tal como lo desarrollaran de diferentes modos escritores tan disímiles como Rodolfo Walsh y Miguel Barnet y cuyas dimensiones subyacen, por ejemplo, a una de las vertientes de la obra de Elena Poniatowska. La crítica recién ha iniciado la tarea de interpretación procesos de producción que atraviesan varias categorías formales moldeándolas a su propia necesidad y semejanza, y de estudiar la alternativa que ofrecen estos textos a los rubros oficiales de los géneros literarios. Se suma a ello la posibilidad de hilvanar esta producción con la transparente inmediatez que caracterizara a las crónicas de la Colonia: ineludibles apuestas, quizás, a la intervención literaria en la organización de mundos que exceden a la palabra.

La injerencia de las transformaciones sociales en los análisis contemporáneos también se registra en la enseñanza del teatro como texto escrito. Es necesario subrayar que éste constituye una zona crítica relativamente «nueva» y que ello condiciona ciertas apreciaciones. [22] Si bien el teatro parece ser el que menos ha absorbido los planteos teóricos que frecuentan las lecturas de la narrativa y la poesía, las opciones que surgen al enfrentar el teatro burgués y, por ejemplo, el teatro de creación colectiva, ya refuerzan los argumentos que abogan por una mayor exploración del instrumental crítico utilizado hasta la fecha. La oscilación constante entre representación y lectura obliga a la interacción del texto con las condiciones sociales, especialmente en casos recientes en que la censura y la represión se transformaron en partícipes de la cotidianeidad teatral («Teatro abierto» en la Argentina es un caso excepcional).

[21] *Las dimensiones de este proceso se notan en el caudal informativo y analítico en Lynn Cortina,* Spanish-American Women Writers: A Bibliographical Research Checklist, *New York and London, Garland, 1983; caudal que ha arreciado desde esa fecha.*

[22] *El índice de* Latin American Theater Review *(Lawrence, Kansas) permite constatar estos intentos. Las publicaciones de Girol Books (Ottawa, Ont., Canadá) ya han comenzado a responder a las exigencias académicas.* Conjunto *(La Habana) ya suple un nutrido material de información allegado a la política cultural cubana.*

La mera enumeración de los múltiples temas y el listado de autores tratados en los últimos años escasamente ofrecería un cuadro completo del estado de nuestra disciplina, tareas que ya cumplen, además, publicaciones especializadas. Si por un lado el volumen de páginas vertidas no garantiza de por sí un mayor aporte al conocimiento de nuestras literaturas, por otro lado corresponde señalarlo como indicio de la creciente profesionalización de esta tarea. Indudablemente hay páginas fácilmente descartables, pero existe un corpus muy significativo de estudios que atraviesa todo segmento de la historia literaria y que se impone como material de consulta obligatoria. Frente a prácticas reiterativas y, como se ha señalado, a la insistencia en un número relativamente reducido de autores, también se han publicado en los últimos años importantes estudios sobre literatura colonial, desde el descubrimiento y constancia de materiales abandonados hasta análisis exhaustivos de algunos cronistas y de selectas figuras insignes del barroco.[23] Es difícil determinar si el renovado interés por la colonia parte de algunas afinidades con modalidades narrativas contemporáneas —o precisamente de su agotamiento— o si constituye una toma de conciencia de la necesidad de explorar meticulosa y científicamente los orígenes americanos. Preguntas similares podrían ser formuladas —cabe reconocerlo— en torno a los renovados debates sobre las literaturas nacionales; sobre las culturas mestizas; sobre la ideología que sustentaron los intelectuales que participaron en la formación de las repúblicas liberales y en proyectos de formación nacional posteriores; sobre los experimentos de la vanguardia poética en sí y su repercusión más reciente; sobre la poesía como ruptura constante ante sí misma; sobre la dispersión de las voces y los textos a partir de situaciones límite frente a otras experiencias represivas en las comunidades negras, mestizas e indias de diferentes regiones del continente, y los más recientes devaneos sobre la identidad de las comunidades de origen

[23] *El interés en Sor Juana se mantiene incesante. A los múltiples artículos que analizan segmentos parciales de su producción, corresponde agregar —para marcar sólo dos líneas— la tarea bibliográfica de Francisco de la Maza, comp.,* Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia: Biografías antiguas: La Fama de 1700: noticias de 1667 a 1892, *México, UNAM, 1980; y la monumental y discutida lectura de Octavio Paz,* Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, *Barcelona, Seix Barral, 1982.*

Huamán Poma de Ayala ha sido motivo de un inusitado y sostenido con excelentes resultados en, entre otros, Mercedes López-Baralt, «Guamán Poma de Ayala y el arte de la memoria en una crónica ilustrada del siglo XVII», Cuadernos Americanos, *n.º 224 (1979), pp. 119-51. Volúmenes colectivos y números especiales de revistas han contribuido a la difusión de textos que aún aguardan análisis adicionales y al bosquejo de un mapa jurisdiccional provisorio. Ver, por ejemplo, Rolena Adorno, ed.,* From Oral to Written Expression: Native Andean Chronicles of the Early Colonial Period, *Syracuse, NY, Syracuse University Press, 1982; Raquel Chang-Rodríguez* et al., Prosa hispanoamericana virreinal, *Barcelona, Borrás, 1978; las memorias del* Congreso Internacional de literatura iberoamericana, *Madrid, Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, 3 vols., dedicado al barroco americano; los números 104-105 de la* Revista Iberoamericana *(1978), dedicado a Irving A. Leonard. Es especialmente loable y útil la publicación de meticulosas ediciones críticas como la realizada por John V. Murra y Rolena Adorno de Felipe Huamán Poma de Ayala,* El primer Nueva corónica y buen Gobierno, *México, Siglo XXI, 1980, 3 vols.*

Es meritoriamente reconocida la contribución de la Biblioteca Ayacucho a esta amplia franja de la cultura americana con la publicación de volúmenes dedicados, por orden de publicación, al Inca Garcilaso de la Vega (por Aurelio Miró Quesada); a la literatura del México antiguo (por Miguel León-Portilla); a Juan de Miramontes y Zuázola (por Rodrigo Miró); a la literatura maya (por Mercedes de la Garza); a Francisco López de Gomara (por Jorge Gurria Lacroix); a literatura guaraní (por Rubén Bareiro Saguier); a la edición de Franklin Pease de Nueva Corónica y Buen Gobierno; a la literatura quechua (por Edmundo Bendezú Aybar); a Fray Bernardino de Sahagún (por José Luis Martínez); a Juan de Velasco (por Alfredo Pareja Díez-Canseco); a Juan Ruiz de Alarcón (por Margit Frenk); a Juan de Espinosa Medrano (por Augusto Tamayo Vargas); a Carlos de Sigüenza y Góngora (por Irving A. Leonard); a Juan del Valle y Caviedes (por Daniel R. Reedy); y a Fray Bartolomé de las Casas (por André Saint-Lu).

hispano en Estados Unidos; sobre los callejones sin salida de ciertos experimentos y sobre los desfases de la historia y la literatura. La insistencia en planteos teóricos y en los diversos caminos de la crítica también indican un sondeo de las gamas del conocimiento que pueden aportar la lingüística, la semiótica, el deconstruccionismo o la teoría de la recepción, por ejemplo, a la vez que se hace igualmente insistente la imperiosa necesidad de descartar los clichés del momento que en ciertos teclados son meros ecos de modas más o menos pasajeras.

La necesidad de ampliar la definición de literatura, o por lo menos de aquéllo que se considera bajo la competencia del campo literario, sostenida por un núcleo importante de críticos, apunta a la escisión ya practicada entre formas literarias «superiores» aceptadas tradicional y estéticamente como tales, y la literatura popular. También del convencimiento de que «superior» y «popular» integran una zona de la cultura que abarca expresiones no-literarias y que permite el acceso a los factores que confirman que ningún texto es «un ente incomunicado». El anuario *Studies in Latin American Popular Culture* (Morris, Minnesota — Las Cruces, New Mexico) ha iniciado la mostración empírica preliminar y, a la vez, ha patrocinado la reflexión teórica a partir de ella. [24] La incorporación al ámbito literario del espacio de la cotidianeidad puede haber resultado de un enfoque que, siguiendo en los mejores casos a Foucault, opta por estudiar la historia intelectual y las transformaciones de las formas de relación intelectuales más que ceñirse a la especificidad del texto literario. Tal opción con lleva, evidentemente, una carga ideológica a la que no es ajena la interacción y alteración mutua del producto intelectual y el contexto social. Ello implica, a su vez, la incorporación definitiva y explícita de la crítica literaria a campos ideológicos de los que ya es parte. La expansión del concepto restringido de «lo literario», por lo tanto, también debería constituir un tema de debate sobre estética. Correspondería, además, ubicar el debate junto al análisis de las relaciones ideológicas entre clases sociales para así precisar las riesgosas ilaciones de los efectos y las causas que gobiernan a esos productos ampliamente literarios.

Al entrar en crisis la delimitación de los géneros tradicionales, al reducir (o será: ¿al ampliar?) el alcance de los productos literarios a un gran texto compaginado por la tradición que define la supervivencia de las páginas clásicas, es posible que también se produjera una apertura en otra dirección. Cuando se inaugura «Dios y Golem, Inc.», al decir de Wiener; cuando los artefactos literarios comulgan con otras expresiones de una cibernética estelar; cuando las categorías comienzan a ceder sus aristas y se ubican bajo el rubro de la «comunicación», y los experimentos sobre la página ansían llegar a otras escrituras y otras lecturas que puedan prescindir de toda tipografía, parece inevitable que también se expanda el discurso crítico para mantener siquiera una puesta al día aproximada. Cuando las radionovelas, y las tiras cómicas y los héroes de otros medios incursionan en la «formalidad literaria», le corresponde al lector pegar el salto hacia los materiales originales, y entonces ya no sólo como tributarios de la «literatura superior» sino como manifestaciones escritas para un público latinoamericano mayoritario.

[24] *En los tres primeros números (1982-84) se nota un marcado énfasis en la amplitud abarcada por «lo popular» (fotonovelas y otras revistas, cine, afiches, tiras cómicas, música y bailes populares, etc.) y el papel que cumplen estas manifestaciones dentro, y como interpretación de, sus respectivas sociedades.*

Esta actividad puede ser llevada a cabo sin elastizar el canon literario predominante hacia las manifestaciones de la literatura y de la cultura popular, y sin que este canon deba ser visto necesariamente como invariable. Para ello, sin embargo, corresponden algunas etapas previas y que aún no han merecido su debida atención. Entre ellas está la necesaria incorporación de literaturas nacionales, particularmente de Centroamérica, cuyo conocimiento sigue relegado en gran parte a su propia región. Si bien las obras de Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, y Sergio Ramírez —para tomar tres ejemplos nicaragüenses—, son consideradas con mayor detenimiento, los diversos lineamientos que componen una literatura étnica y socialmente diversificada siguen siendo patrimonio de unos pocos fuera del alcance logrado por algunas publicaciones periódicas. [25] Esto reduce, además, la necesidad de interrogar las causas que han acercado a la narrativa y la poesía en casos como el de Nicaragua y Cuba en sus recientes etapas nacionales, fenómeno disímil al producido en otras regiones con proyectos liberales decimonónicos. Tema, entre otros, que evidentemente requiere una particularización de los estudios pero siempre dentro de percepciones latinoamericanas globales que no descartan los diálogos constantes con otras culturas.

Es indiscutible, cabe resumir, que parte del problema radica en los mecanismos propios del mercado y la distribución, pero otra parte también se instala en las opciones de los lectores potenciales que pormenorizan segmentos de «literaturas metropolitanas» dentro de América Latina. Sin ignorar las limitaciones que afectan las tareas críticas, se puede anticipar un mayor desplazamiento hacia autores más recientes, cuya muerte no debe ser el fin anhelado para que sean aceptados como materia de estudio, y hacia aquéllos que sin haber integrado las recientes constelaciones internacionales hacen a la significación y al debate interno de sus respectivos países y zonas culturales. Comparto con Jean Franco el reconocimiento de la emergente crítica feminista basada no sólo en la primera identificación de las escritoras, sino también en el análisis de su producción sobre la base que sustentan la sociocrítica, el sicoanálisis y los mecanismos que operan dentro de la ideología de los textos, mecanismos que, por cierto, toca analizar en toda escritura. Faltará también hacer aquello que tampoco está hecho en *estas* páginas: integrar la producción hispanoamericana con las literaturas del resto de Latinoamérica.

Indudablemente persistirán las divisiones, las dicotomías, las lecturas negadas, la firmeza de la fe del creyente, los discursos tautológicos: la mirada en el espejo que pretende ver a otro ante su cara. Resulta difícil, sin embargo, instalarse en los extremos. Sin pasar a ver la literatura *sólo* como filtro o transperencia, corresponde verla como mediatización artística que *también* lleva —más allá de las funciones propias del reconocimiento y el goce del texto— a otras miradas sobre lo que alienta más allá y al margen de su presencia literaria. En este sentido, la materia que elaboramos es un ca-

[25] *Es evidente que razones políticas han incrementado la reciente atención del exterior sobre la literatura centroamericana. Dentro de la región, sin embargo, persistía desde antes un interés primordial por irradiar un mayor conocimiento de lo propio como definición de lo nacional y latinoamericano que se nota en la proliferación de muestras antológicas y en trabajos críticos. Dos ejemplos disímiles (también en sus alientos y anhelos): Jorge Eduardo Arellano,* Panorama de la literatura nicaragüense, *Managua, Nueva Nicaragua, 1982 (1.ª ed., 1966); Ramón Luis Acevedo,* La novela centroamericana (Desde el Popol-Vuh hasta los umbrales de la novela actual). *Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1982.*

leidoscopio que reorganiza constantemente sus componentes bajo el signo de la identificación de las partes, con la participación del azar y de la voz que lo sostiene, participando en la maravilla (o el terror) de verlo todo desde adentro y saber que también puede ser así. Partiendo de los extremos también es factible la búsqueda de un equilibrio, de un balance entre el análisis propio del texto y sus referentes sin confundir planos ni optar por sólo uno de ellos, pues entonces, por un lado se desvirtúa su sentido más abarcador y, por el otro, se hace de la lectura crítica un ejercicio cuyo placer se repliega sobre la misma mano que entreteje arabescos, o que apunta hacia la dulce arquitectura de un palacio deshabitado.

La secta de los monótonos fue motivo de polémicas incendiarias y justificación de un duelo invisible que reconocía a sus contrincantes. Sólo en el paraíso y ante la mente divina Juan de Panonia y Aureliano pudieron comprender que «(el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima) formaban una sola persona». La referencia a «Los teólogos» de Borges [26] no quiere ser sanguinaria, particularmente luego de episodios de delación y silencios que también contribuyeron a otras hogueras. Alude más bien a que dentro de los espacios que excluyen manifestaciones fanáticas y seguras de una verdad única, existe la capacidad del diálogo y de búsquedas conjuntas, de opciones en que lo disímil puede servir como plataforma de lanzamiento hacia interpretaciones que, en última instancia, deben barajar un mismo propósito: una mayor y mejor comprensión del sentido total de los textos y una mejor capacidad de aceptación de las reglas que rigen esos sistemas y que, al igual que toda página literaria, deben tolerar múltiples y legítimas lecturas.

Saúl Sosnowski

[26] El aleph: *Buenos Aires, Emecé, 1968: p. 45.*